

Dramático final del N. J. F.

La prensa mundial se ha hecho eco de los deplorables incidentes que dieron fin prematuramente, el 2 de julio último, al festival anual de Newport. Mientras en el interior del Friebody Park se desarrollaba el programa para un auditorio que no podía sospechar el peligro, en el exterior una horda de 12.000 jóvenes irresponsables y embriagados revolvió la ciudad.

Para la sesión del sábado día 2 a las 8'30 de la tarde, se habían agotado las entradas (unas 16.000). Una muchedumbre alocada y sin tickets, reforzada y arrastrada por las masas ansiosas de armar camorra, intentaba entrar a la fuerza. Entretanto en el Freebody Park el concierto se desarrollaba con muestras de entusiasmo por parte de los espectadores y con un orden absoluto a la vez. Después de la actuación de un grupo dirigido por Tyree Glenn, Georgie Auld y Harry Edison, la cantante carantofiosa por excelencia, Dakota Staton cantó algunos números que sobresalieron por su gran mediocridad y su fastidiosa popularidad. Siguieron luego Lambert-Hendricks and Ross, sin los cuales un festival no sería completo, el quinteto del pianista Horace Silver, Ray Charles acompañado de su grupo instrumental, y finalmente el trío Oscar Peterson.

Pero, mientras se desarrollaba el concierto, bajo la ignorancia de los espectadores, en el exterior los tumultos se convirtieron en motín, y estalló una verdadera guerra alrededor de Freebody Park. ¿De dónde provenían aquellos rebeldes sin causa? Todos eran jóvenes en estado de embriaguez, escolares o colegiales en vacaciones. Delincuentes infantiles de los que se emborrachan solamente con escuchar rock and roll. De lo que sí podemos estar seguros es que no se trataba de verdaderos **jazz fans**. Su bandolerismo es increíble. La ciudad parecía un verdadero campo de batalla. Montones de «beer cans» (latas de cerveza), botellas de cerveza rotas y otros fragmentos análogos poblaban las calles después de haber servido de armas; cristales de escaparates rotos; coches volcados. Doscientas personas encarceladas y más de cien en el hospital. Fué preciso poner en guardia a los bomberos, la policía del Estado, la marina, el ejército, la milicia, la infantería de marina que, a pesar de sus ardides, bombas incendiarias y gases lacrimógenos, se vieron con dificultades para reducir a los sublevados.

Una vez reducidas las turbas de irresponsables sucedió lo que era de

esperar: la prensa sensacionalista no tuvo inconveniente en mezclar deliberadamente la palabra **jazzfan** con la de **amotinador**. Si ciertos periódicos honestos y bien informados, como el **New York News** (que siempre ha sido defensor por la causa del jazz) relataban los hechos objetivamente, otros como el **Mirror** (rival por tradición del primero) no titubearon en explotar la información según la moda sensacionalista. El Jazz acababa de sufrir, por culpa de aquellos adolescentes, el más grave prejuicio moral que se conoce después del cierre de Storyville en 1917.

A la mañana siguiente llegaron las consecuencias: el Consejo Municipal de Newport votó la revocación de licencia para el festival. Cuando la ciudad estaba en calma, cuando se había restablecido el orden, cuando los culpables se hallaban fermentando su cerveza en prisión o tumbados en la playa, cuando las tropas tenían la situación en sus manos, esta decisión puede considerarse ridícula y arbitraria. Fué una decisión cruel que afecta a muchos inocentes: el festival debe reembolsar a los artistas y entradas de los tres conciertos suprimidos, lo que significa la bancarrota. Castigó a los verdaderos amigos del jazz privándoles de escuchar a Count Basie, Art Blakey y otros músicos programados para estos conciertos, y no nos olvidemos del debacle financiero perjudicial para los hoteles, restaurantes y comercios de la ciudad de Newport.

El domingo por la tarde Willis Conover, locutor de la Voz de América y presentador de los conciertos del Newport Jazz Festival, leyó una declaración de Louis Lorillard, presidente del festival: los directores del N. J. F. se han visto obligados a aceptar la decisión del Consejo Municipal de Newport de suspender el festival. Lamentan en gran manera que los verdaderos aficionados al jazz hayan sido privados del placer de escuchar a sus músicos favoritos, etc., etc. Con voz trémula de emoción, Willis atacó a los «pseudo-beat-niks y rock-and-rollers» que no sienten ningún interés por el jazz y se han servido del festival y de la ciudad como excusa para dar libre curso a unos instintos salvajes que se esperaba encontrar con más facilidad en un parque zoológico que en una escuela». Luego añadió: «Tratando de curar la enfermedad, se ha decidido matar al enfermo en vez de liberarlo de los gérmenes».

Y es así que el séptimo Newport

Jazz Festival fué enterrado, después de haber sido salvajamente asesinado.

Por muy doloroso que parezca, los acontecimientos de este año no eran absolutamente imprevisibles. Hace cuatro años, se podía apreciar ya en Newport la presencia de una multitud de estudiantes inquietantes. Su estúpido aspecto, su estrafalaria vestimenta y su estado constante de embriaguez indicaban claramente que se burlaban de la música. Pero su presencia no dejaba de ser interesante para los organizadores, ya que representaba un aumento de taquillaje. Durante los años siguientes se programaron espectáculos con el fin de atraerlos. El Kingston Trio y Pat Suzuki en 1955, los números de Rock and Roll más recientes, representaron una degradación progresiva del festival, contra la que los periodistas especializados tomaron cartas. A este propósito, **Down Beat** publicaba en su número de julio: «Una de las amenazas que pesan sobre el festival de Newport es la afluencia de jóvenes colegiales que lo consideran, no como un festival, sino como una feria. Para deshacerse de esta clientela que mancha el buen nombre del Newport Jazz Festival, existe un solo remedio: presentar exclusivamente en los conciertos a artistas auténticos de jazz». Desgraciadamente, aunque los organizadores habían rectificado, fué demasiado tarde.

Sólo nos resta esperar que el Consejo Municipal de la ciudad de Newport y los directores del Festival sepan subsanar el abismo que se ha interpuesto entre ellos. Una estrecha cooperación entre estos dos bandos podría resucitar el Festival, dándole una base mucho más sólida.

Viene de la página anterior

trombón de pistones. Imprime a su orquesta una dirección indecisa, oscilante entre el estilo de Basie y el de Kenton. La llegada de «Slide» y otros compositores tiende con todo a situar al conjunto en un camino más personal.

Actualmente, la orquesta de Maynard Ferguson toca en colegios, clubs de noche y teatros, y ocasionalmente en el Birdland. Maynard se queja de ser la única gran orquesta de jazz que no ha actuado nunca en espectáculos de televisión importantes. Cree que esta situación representa una desventaja para la orquesta y espera que sus agentes podrán muy pronto facilitarle la entrada a las altas esferas de la Televisión.

Trad.: P. G.